

Ivone Gebara
29/10/2020
07/02/2021

Teología cristiana de la Madre Tierra

El título de la reflexión propuesta contiene muchos interrogantes que interpelan de manera especial a una filósofa y teóloga ecofeminista. Primero hay que preguntarse de qué teología cristiana se quiere tratar y porque limitan la figura de la Tierra a la figura de la madre. ¿Además, de qué modelo de madre se trata?

Esta teología afirmada en el título del texto que muchas y muchos desean está quizás recién empezando y exige una nueva semiología y hermenéutica de la palabra teología y de las tradiciones filosóficas que la sostienen. Necesita igualmente visitar conocimientos más amplios para percibir los límites de la teología patriarcal vigente. Intentaré brevemente en forma de párrafos articulados compartir algunas reflexiones en esta perspectiva, consciente de los muchos límites que encierra.

La tradición cristiana oficial o institucional jamás hizo teología de la Tierra en el sentido que le damos hoy. Al contrario, direccionó la Tierra para la conquista de los hombres y los hombres para desear la felicidad del cielo donde se ubica privilegiadamente la habitación divina. Aunque se afirmaba que Él estaba en todos los lugares el encuentro mayor sería en los cielos después de la muerte. Direccionó así el control de los habitantes de la Tierra y en particular del ser humano a una voluntad superior de figura histórica masculina.

Sabemos hoy que esta 'voluntad creadora' es ella misma originada de intuiciones profundas provenientes de la llama vital en nosotros y de diferentes contextos históricos. Pero estas intuiciones fueron luego controladas por la fuerza del pensamiento, del discurso argumentativo y del poder dominante de los hombres acerca de esta voluntad de Dios expresada de manera fija y universal.

En realidad, todo el *discurso teológico* sobre Dios no es revelación del Misterio Infinito inefable, aunque estemos en él. Es un discurso, es un lenguaje, es un artificio de desdoblamiento del ser humano en un tiempo histórico, imaginándose capaz de entender la grandeza de la Transcendencia que en realidad es siempre más allá de nuestros pobres discursos. Así hemos transformado a lo largo de los tiempos el Misterio Mayor en una casi una identificación grosera con nuestras palabras, hemos limitado algo grandioso que no podemos entender a conceptos e ideas de poder sobre nosotros. Hemos limitado una postura ética a una institución religiosa ofrecedora de beneficios a sus fieles.

Hoy hay que preguntarse sobre lo que la naturaleza nos reveló sobre Dios y si el concepto de Dios tremendamente androcéntrico en nuestra tradición permitió que nos acercásemos de ella de manera diferente de la conquista, de la exploración, de la destrucción de pueblos e de muchas especies. A partir de la modernidad dominamos la

Tierra según nuestras teorías científicas y según los mitos del desarrollo económico. Esto nos llevó a consecuencias más allá de nuestro control. Creamos una total desconexión entre los seres humanos y los otros seres vivos del planeta y del planeta él mismo como ser vivo. El planeta se torna objeto de dominio y de consumo para nuestros emprendimientos ególatras afirmados como desarrollo humano. El planeta se torna objeto de ciencia y tecnología en vista de una dominación cada vez más excluyente de la mayoría de los vivientes.

No nos sentimos un mismo cuerpo, **cuerpo orgánico** de la tierra en el cual vivimos y somos. No sentimos las similitudes con animales y plantas, con los ríos y los peces. El discurso de los pueblos originarios sobre la madre tierra hacía reír y todavía hace a muchos reír. Lo hemos considerado como un discurso de primitivos, de no llegados a la perfección de las ciencias en sus múltiples formas. Lo consideramos conocimiento ingenuo del mundo, mezclado de creencias y supersticiones que ya no tienen lugar en los grandes laboratorios de pesquisa. Aunque queremos ahora reconocer y respetar esos conocimientos tradicionales, la ciencia y la propaganda actual han modelado de tal forma nuestros cuerpos y mentes que ya no conseguimos creer en ellos y acogerlos como conocimientos diferentes y de grande valor.

Desde este sentimiento confuso y complejo del mundo y sin negar los valores vehiculados por figuras masculinas emblemáticas de nuestra tradición como los profetas y Jesús en la llamada mediación entre el divino y el humano y entre el humano y el humano hoy necesitamos de algo diferente. El exceso de antropocentrismo y la centralidad religiosa masculina colaboró grandemente para el estado actual de penuria del planeta y para el desprecio de las culturas llamadas de primitivas.

La relación establecida entre Dios y sus representantes para que los seres humanos de toda la tierra se sometieran a Dios ha sido más o menos bélica si pensamos en las colonizaciones, en las conquistas, las cruzadas y las diferentes dominaciones que hemos vivido en nombre de la fe cristiana. La tierra como valor en sí misma no parecía estar en el horizonte del Dios cristiano. Lo que más interesaba al Dios bíblico según una lectura patriarcal conquistadora es su alianza con su pueblo, es dar una tierra para su pueblo, salvar a su pueblo. Es un Dios tribal y dominador para su pueblo y su pueblo era preferentemente un pueblo de elites servidas por mayorías dominadas.

Desde la muerte de Jesús de Nazaret, el líder judío de un movimiento socio-religioso en Galilea, las elucubraciones religiosas al redor de él empezaron a construirse. Lo tornaron, por circunstancias históricas comprensibles, en el único hijo de Dios para salvar la humanidad perdida por el pecado de Adam y Eva. Lo mataron y lo resucitaron. Lo transformaron en Dios, Imperador de los cielos, lo pusieron al lado de Dios Padre y lo hicieron juez de los vivos y de los muertos. Al resucitarlo, declararon que vive con su cuerpo y que nos juzgara a todos. Y al final declararon que su Reino no tendría fin. Así, una magnífica superposición entre dos mundos sostuvo la teoría cristiana hasta los días de hoy.

Uno de los problemas denunciados por muchos teóricos religiosos y ecologistas es que la tradición cristiana valoró demasadamente la redención del ser humano, la superación del pecado de Adam y no tanto el valor de la creación evolutiva de la tierra y de todo que contiene. Además, Dios intuido como Fuerza Creadora, como lo anuncian las teólogas feministas en seguimiento de las místicas medievales, fue denominado Dios Padre y transformado en imagen y semejanza del masculino. Este dominó y domina la historia del monoteísmo cristiano. Asumiese simbólicamente la masculinidad de Dios y sus consecuencias históricas hasta los días de hoy. En la Iglesia solo los varones representan efectivamente a Dios y a Cristo. Esto ya levanta cuestiones cuando se quiere hacer una teología de la Tierra.

Tratase de una masculinidad según un orden ubicado más arriba que la naturaleza, con preceptos comportamentales excluyentes de los diferentes, de los pobres, de los marginados, de las mujeres. Por eso, recordando Marx y Engels se puede denunciar las semillas de opresión social en los sistemas religiosos e de manera particular en el cristianismo siempre aliado de la colonización y dominación de los pueblos nativos y de las mujeres, todo como forma de obediencia a su Dios.

Hay que recordar que nuestros ritos cristianos antropocéntricos no son revelación divina dada por Dios para nosotros. Las llamadas religiones paganas han sobrevivido en Europa mismo adentro del mundo cristiano. Iglesias cristianas se construyeron sobre los templos y fiestas paganos y se integraron a las cristianas. Lo mismo se dio de forma muchas veces violenta en el llamado nuevo mundo, en las Américas donde la afirmación del cristianismo se hizo sobre las ruinas del mundo indígena y de la esclavitud negra en las Américas. ¡Todo es mezclado!

Hay que preguntarnos si de hecho cambiamos ahora porque tenemos un discurso aparentemente solidario con la tierra y con los sufridores/as? ¿Será que cambiamos después de las teologías de la liberación y de Laudato Sí? ¿Será que por eso buscamos una teología de la Madre Tierra?

Hemos racionalizado sufrimientos y creado miles de devociones para hacer con que los pobres y entre ellos las mujeres soportasen sus sufrimientos, se sintiesen emocionalmente escuchados y amados por Dios, por el Señor de los Dolores, por la Virgen María patriarcalizada, por santos y santas especialistas en sanar problemas específicos siempre dependientes del poder mayor de Dios Padre y de sus representantes. Nos olvidamos de la Tierra y de sus fuerzas curativas. Nos olvidamos de la solidaridad cotidiana, de la cercanía de los que pueden darnos la mano en el inmediato de la vida.

La pobreza de la gente sigue contrastando con la riqueza de muchas iglesias subrayando la pobreza y pasividad de los creyentes. Y siguen los discursos sobre la cultura de los pobres y la religión de los pobres administrada por grandes señores que siguen llenando sus cuentas bancarias con las monedas de los pobres. Y sigue el discurso sobre los planes de Dios para la humanidad, sobre el amor divino excitando deseos de felicidad imposible. Y siguen nuevos libros con el mismo fundamento

antropológico, pero con nuevos objetos de reflexión en cuanto la Tierra sigue siendo destruida.

Algunos pueden decir que la teología de la liberación significó un momento de otra esperanza para los pobres, pero hoy vivimos la desarticulación total de la teología de la liberación y el casi olvido de sus luchas históricas. El intento de unir cuerpo y espíritu que se ha hecho, hoy se desarticula de nuevo y las religiones subrayan más el espíritu que el cuerpo. Es un espíritu que ya no ve la destrucción que hacemos a nuestros cuerpos, ni tiene el deseo de cambiar radicalmente nuestras creencias frente a la destrucción de la Tierra. Todavía se cree que la teología patriarcal es elástica y puede alargar su misma tienda para contener los retos actuales y las nuevas fuerzas de seducción del mercado. No se dan cuenta que la tienda está rota y que hay que construir otras, muchas y diferentes. No se dan cuenta que las teologías e ideologías patriarcales han servido como consuelo y al mismo tiempo fuerza para los mitos de las sociedades modernas industrializadas, pero ya no pueden sostenerse ni sostenernos.

Estamos en otro momento de la historia de la Tierra. Ya sabemos que ella es en sí misma un ser vivo y que nosotros los humanos, así como vegetales y animales y minerales somos una de sus dimensiones. Algo de la vida de la Tierra depende de nosotros, pero no todo. Algo podemos hacer, pero no todo. No podemos nos substituir à la complejidad de los biomas, de lo que antecede al surgimiento del planeta. Pero lo que podemos hacer hay que hacerlo y empezarlo con cosas sencillas que demuestren nuestro real compromiso con la vida en nosotros.

¿Cuándo se empieza a hablar de la Madre Tierra y cuáles son sus múltiples significados en esta Babel de significados?

Antes de entrar en el deseo de comprensión y de apropiación actual de la Madre tierra por los cristianos hay que recordar algunos puntos totalmente olvidados por nuestra historia cristiana de las religiones. O sea, la noción de Madre Tierra es anterior a la notición del Padre de los cielos creador de todo. Muchas antropólogas/os afirman que la idea de Madre Tierra y especialmente de la **Negra Madre Tierra** se ha originado en África a miles de años antes de la era cristiana. Cuando el desierto del Sahara era tierra fértil y cuerpo de la diosa madre, de carácter bisexual, origen de su propia fertilidad era simbolizada por un vientre cargando adentro de si una serpiente, capaz de fertilizarse a sí misma y generar vidas múltiples. El cielo nasce después y es creado por la tierra por la mistura de gases y aire. La Tierra respira desde la diversidad que la constituye.

Las hipótesis actuales de la teoría de Gaia parecen confirmar los antiguos mitos africanos. Y la astrofísica actual confirma a los dos. Solo las teologías parecen no acoger los retos que se presentan.

A partir de esta breve alusión a una madre diosa bisexual en los mitos del pasado africano, y ahora desde otro lenguaje, o sea, desde un planeta en el cual la vida se afirma desde la diversidad de sexos, géneros, especies, biomas no hay que hacer teología cristiana desde **la Madre**, pero desde un planeta que genera multiplicidad de

vidas interdependientes y que solo se mantienen en la interdependencia mutua. Esta teoría evolutiva nos habla de la cosmogénesis del planeta o sea de su fuerza creativa interna continua hasta su fin.

Por eso los mitos judíos y cristianos que destacan la fuerza creativa y la ubican en un ser simbólicamente masculino necesitan ser revisitadas como expresión de un tiempo que ya no puede más ser el nuestro.

¿Para quién se hace teología? ¿Y, una vez más que es teología en el nuevo contexto mundial? ¿De qué lugar proponemos esta teología?

Sin negar la importancia de la producción académica cristiana hay que reconocer que las más bellas o revolucionarias teorías teológicas antropocéntricas no llegaron a los más pobres que siguen mantenedores de un consumo religioso casi mágico, así como consumen productos manufacturados que pueden comprar.

Los académicos tampoco han acogido la Tierra como teniendo un valor en sí misma y digna de amor y salvación. Esto los haría salir de sus tradiciones patriarcales marcada por la separación entre teoría y práctica. En la teoría cambiamos el mundo, transformamos las relaciones, idealizamos las posibilidades. En la práctica nos enfrentamos a nuestros límites, a nuestro egocentrismo y crueldad. En la teoría hacemos buenas leyes, establecemos derechos universales. En la práctica los transgredimos cotidianamente.

Hoy enfrentando la destrucción del planeta nos preguntamos **¿qué hacer de nuestra teología antropocéntrica y androcéntrica? ¿Qué hacer de nuestra teología del 'deber ser'?**

La academia teológica termina siempre en el dualismo teoría/práctica. Produce buenas ideas para sí mismo y sigue forneciendo o acogiendo devociones mágicas para los pobres. El mundo de las ideas académicas por un lado no llega al pueblo y por otro hay que preguntarse si de hecho sirve al pueblo o sirve solamente a animar las conversaciones de nosotros intelectuales que nos queremos orgánicos o sea vinculados a los problemas de los pobres. ¡Hay que reconocer nuestros límites y nuestras pretensiones narcisistas e imperialistas de la justicia y del bien! De ahí, nos viene la pregunta si no hay que dejar que los pobres produzcan sus sentidos cristianos o no cristianos, que nos ofrezcan sus ideas, sus interpretaciones mezcladas del mundo. No sé si esto es posible, pero sí creemos en la democracia y en la reciprocidad de aprendizaje hay que abrirla también para nuestras creencias. Hay que salir de nuestra teocracia religiosa y teológica pura y bajar para el **pluralismo de la tierra**, de las culturas y de los sentidos humanos. No puedo ser todo, pero puedo ser algo respetando que los otros sean diferentes. Hay un esfuerzo para hacer de esta convicción carne en nuestras relaciones.

Si la humanidad es múltiple y en evolución continua como el planeta, no hay que hacer teología solo desde los varones, solo desde mitos y dogmas que han rechazado las mujeres para una humanidad menor y excluido la naturaleza en la cual somos solo una

dimensión. Y, además, si los mitos y las teologías son manifestaciones históricas de sentido que evolucionan con nosotros no se puede siempre volver a conceptos cerrados que no nos brindan con un sentido que refleja las búsquedas de muchos grupos en la actualidad.

En este contexto vale no subrayar papeles solamente humanos/animales a la **tierra**, o papeles biológicos, pero hay que darse cuenta de la diversidad identitaria, así como de la superación de un destino humano marcado solo por la primera constatación biológica. Hay que volver al pluralismo de la biología de la tierra como camino único para mantener la vida.

La explotación capitalista efectiva de la Tierra es destructiva de nuestro cuerpo común. Rasgan la tierra para sacarle minerales, para matar florestas, desviar y ensuciar aguas de ríos y vender productos y después se hace elogios a la Madre Tierra diciendo que ella nos proporciona todo gratuitamente.

Hay marcas de productos alimenticios industrializados que se llaman 'Madre tierra' y que engañan los consumidores. Se canaliza agua de muchas fuentes y se las vende como regalos de la 'Madre Tierra' mientras poblaciones enteras mueren de sed y son obligadas a dividir con los animales la poca agua salobre que hay. Las trampas del uso de la 'Madre Tierra' son violencia institucionalizada.

¿Con cuál madre tierra se hace teología? ¿Por qué queremos obligarla a entrar en las cosmovisiones patriarcales? ¿Por qué no nos abrimos para otra perspectiva una perspectiva común, una perspectiva ciudadana, multicultural y multireligiosa?

Esto implica también un trabajo de revisión y cambio de nuestras perspectivas antropológicas androcéntricas en las cuales las tradiciones religiosas se construyeron. En el caso del cristianismo hay que abrir sus teorías teológicas a una inclusividad mayor y si necesario olvidar a algunas. Hay que abrirse a una perspectiva de género y de diversidad identitaria y valorar la Tierra por ella misma como anterior a nuestras palabras patriarcales sobre ella, anterior a las cisiones que le impusimos, anterior a la mercantilización que sigue creciendo.

Me atrevo con otras personas a pensar en la necesidad de salir de la divinidad antropomorfizada presente en el cristianismo y bajar en la extraordinaria y encantadora creatividad evolutiva de la Tierra. Trata-se de enamorar-se por su belleza, de celebrar una nueva amistad, un matrimonio entre la Tierra y la humanidad. Hay que enfatizar el carácter sagrado del mundo natural como primera revelación del divino o del Misterio Mayor, en la cual nos incluimos. Hay que celebrar de nuevo como se hacía en el pasado la vida de los árboles, de los animales, de las aguas, de la lluvia, de la floresta como nuestro cuerpo común. La dimensión sacrificial masculina como única salvífica ya no nos habla al corazón sobre todo cuando queremos ver de nuevo las aguas puras, la tierra sin tóxicos y la mata verdeante. Tampoco nos habla a nosotras mujeres frente a la dominación de nuestros cuerpos y a la violencia que nos acomete.

Permitan-me ir todavía más lejos e invitar-nos a salir de la niñez de ser siempre hijas e hijos sumisos a Dios Padre Todo Poderoso, sumisos seguidores del Hijo único y de las autoridades religiosas masculinas que lo representan para acercamos-nos de la Tierra

como nuestro cuerpo y alabar su fertilidad, su diversidad y hasta su violencia como parte de la constitución de la Vida. Crear nuevas liturgias de enamoramiento, de memoria para que algo de **nuestro psiquismo** se despierte y desarrolle un afecto más cercano, un cultivo de fuerzas que sentimos también en nuestros cuerpos. La principal necesidad es quizás de **naturaleza psíquica** o sea la necesidad de educar nuestras emociones, de sentirnos otra forma de protección en un mundo donde somos depredadores unos de otros.

Pienso que una de las funciones de las religiones ha sido de educar nuestras pasiones y de asegurarnos que Alguien vela por nosotros. Pero hoy la tierra y nosotros humanos y todas las especies viven un proceso de desintegración en el cual Dios Padre todo poderoso está implicado y no garantiza el buen convivio entre nosotros/as. Además, las iglesias están mezcladas con los poderes políticos con intereses privados además de los escándalos de diferentes tipos, y ya no tienen la autoridad de rescatar efectivamente nuestro amor a la vida y de manera particular el amor a la naturaleza. Necesitamos de la reciprocidad como forma de cuidado. Necesitamos de la solidaridad efectiva como expresión ética de nuestro compromiso con la vida. Necesitamos contar más con el amor a cada prójimo que es parte de mí, mismo.

Efectivamente estamos todas/os inseguros y confusos frente al deseo y la necesidad de algo nuevo que podamos vivir con las nuevas generaciones. Intuimos algo en nosotros/as, escuchamos algo confusamente, vislumbramos luciérnagas en la oscuridad y zumbidos de abejas en medio a mucho ruido. Quizás juntas/os podamos distinguir la nueva música de la Tierra. **'Nuestro país es la Tierra'** cantan los nuevos inmigrantes en nuestros países. Quizás con ellos, con los indígenas, con las comunidades negras , todas y todos podemos cantar juntos y vivir de otra manera en la Tierra que contiene la diversidad de la vida más allá que cualquier padre y madre que pueden simbolizarla.

Somos animales creativos y hay que confiar en esta creatividad heredada de la TIERRA y aprender de nuevo a alabarla como nuestro cuerpo común.

Sugerencias bibliográficas

- Sjöo, Monica & Mor Barbara. *The great cosmic mother. Rediscovering the religion of the earth.* Harper & Row, Publishers, San Francisco,1987.
- Mies, Maria/ Shiva, Vandana. *Ecofeminism.* Zed Books, London/ New Jersey, 1993.
- Berry, Thomas. *The dream of the Earth.* Sierra Club Books, San Francisco, 1988.
- Gilkey, Langdon. *Nature, Reality and the sacred. The nexus od science and religion.* Augsburg, Fortress Press,1993.
- Ress, Mary Judith. *Sin visiones nos perdemos.* Reflexiones sobre teología ecofeminista latinoamericana. Colectivo Con-spirando, Santiago/Chile,2012.
- Gebara, Ivone. *Mulheres, religião e Poder. Ensaaios feministas.* São Paulo, Terceira Via, 2017.